

con que no habrá más barajas,  
aunque se prosiga el pleito.

## ESCENA XXII

Dichos, el REY y VASCO.

REY. ¿Estáis satisfecho?  
VASCO. Estoy  
de lo que vi satisfecho.  
REY. Pude engañarme.  
VASCO. Pudistes;  
el favor os agradezco:  
que visteis á doña Elena.  
REY. Esa por la vuestra he muerto:  
hablad bajo, y no lo entienda  
Blanca.  
VASCO. Yo seré tan cuerdo,  
que les daré sepultura  
de noche, con tal secreto,  
que quede limpio mi honor.

REY. Que abracéis á Blanca quiero,  
y la estiméis como es justo.  
TELLO. Señor.  
VASCO. ¿Qué me queréis, Tello?  
TELLO. Licencia para Castilla.  
VASCO. ¿Pues por qué?  
TELLO. Porque estoy cierto,  
cómo en secretos andáis,  
que porque sé parte dellos,  
cuando esté más descuidado  
me habéis de dar pan de perro;  
que saber secretos graves  
nunca ha sido de provecho.  
VASCO. Yo haré que el Rey te dé cartas,  
y yo te daré dineros.  
Abrazadme, esposa mía.  
BLANCA. Con el alma y con el pecho.  
REY. Siempre ayuda la verdad.  
VASCO. Con este título quiero  
que dé fin nuestra comedia.  
BLANCA. Senado ilustre y discreto,  
si no ayudaren las obras,  
ayúdennos los deseos.

## LA MUJER POR FUERZA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Avendaño.

## PERSONAS

FINEA.	FENISA, criada de Florela.
FLORELA.	FABIO, criado de Finea.
EL CONDE FEDERICO.	RISELO, criado de Federico.
ALBERTO, hermano de Finea.	EL MARQUÉS DE LUDOVICO.
EL REY DE NÁPOLES.	LUSIDORO, criado.
CLARÍN, criado del Conde.	OTRO CRIADO.

La escena es en Nápoles.

## JORNADA PRIMERA

## ESCENA PRIMERA

Salen FINEA, dama, y FABIO, su criado.

FABIO. Mira que es poca prudencia.  
FINEA. ¡Qué poco sabes de amor!  
FABIO. Quien no hace resistencia,  
para ofender su favor  
parece que da licencia.  
FINEA. ¿Qué puedo yo resistir  
á un amor desatinado?  
FABIO. ¿De un hombre que se ha de ir  
tal pensamiento te ha dado?  
FINEA. Eso me obliga á morir.  
Vino por Embajador  
del rey de Nápoles, Fabio,  
el Conde; ¡qué loco error!  
pero ¿quién ha sido sabio  
en accidentes de amor?  
Por gusto del rey de Hungría  
le dió mi hermano su casa;  
vi su talle y bizarría:  
¡ay, del deseo que pasa  
desdichas por celosía!  
Que á darle necios trofeos  
para tan locos empleos  
con ser tantas y tan llanas,  
hallaba pocas ventanas

la prisa de los deseos.  
Si el Conde se levantaba  
sin que me pudiese ver,  
con atención le miraba:  
esto, Fabio, es ser mujer:  
la inclinación me forzaba.  
Si con mi hermano comía,  
sin que me viese le vía,  
y de todas sus acciones  
hallaba el alma razones  
y engaños la fantasía.  
De esta manera le amé.  
FABIO. ¿Que nunca el Conde te vió?  
FINEA. No, por más que lo intenté;  
porque mi hermano temió  
lo que guardándome fué.  
El procuraba esconder  
lo que me dió más lugar,  
y al fin me vine á perder,  
que mal se pueden guardar  
los ojos de una mujer.  
Mas ¿dónde hallaré razones  
para pintar mi afición  
mi inquietud y mis pasiones,  
que en habiendo prevención  
es todo amor invenciones?  
Sueño y sustento perdí,  
y al fin me determiné  
á seguirle; y como en ti  
mis esperanzas fundé,

cuenta de mi error te di.  
Yo pienso mudar el traje,  
sin que me obligue y reporte  
la afrenta de mi linaje;  
ver de Nápoles la corte,  
y en ella servir de paje.  
No repliques, cierra el labio,  
si me vas á reprender,  
porque en resistiendo, Fabio,  
la furia de una mujer  
dará en el mayor agravio.  
Ellos salen, y él se parte.  
Yo me voy, espera aquí.  
Y ¿tengo de acompañarte?  
Por eso, Fabio, te di  
de mi atrevimiento parte.  
Agracece el ir conmigo,  
que desde que en mi cuidado  
fuiste secreto testigo,  
subiste desde criado  
á la grandeza de amigo. (Vase.)

FABIO.  
FINEA.

## ESCENA II

FABIO.

¡Qué notable pensamiento!  
Pero seguiré su intento,  
que si la desamparase  
¿quién duda que se arrojase  
á mayor atrevimiento? (Vase.)

## ESCENA III

ALBERTO, el CONDE FEDERICO y criados.

ALBERTO.

De no haberos servido estoy corrido;  
que aunque el Rey me fió vuestro regalo,  
ni le he servido, ni le habéis tenido.

CONDE.

A su deseo vuestro amor igualo,  
y del que en vuestra casa he recibido,  
por tan esclavo vuestro me señalo  
como veréis mandándome en mi tierra,  
pues hoy se trueca en blanda paz la guerra.  
Hoy he sabido que tenéis hermana;  
sólo el favor de verla me ha faltado,  
que á haberla visto, fuera cosa llana  
volver, Alberto, á Nápoles casado.

ALBERTO.

Finea ha dado en retirada y vana:  
por esta causa no le habéis hablado;  
y por lo que decid del casamiento  
bésos las manos.

CONDE.

Digo lo que siento.

ALBERTO.

Gran honra para mi serviros fuera.

CONDE.

Escribiré en llegando.

ALBERTO.

El cielo os guarde.

CONDE.

Yo parto, como veis, á la ligera.

ALBERTO.

Y es justo, Conde, porque el Rey no aguarde.  
Quiéroos acompañar.

CONDE.

De esa manera

volveréme con vos.

ALBERTO.

Mirad que es tarde.

CONDE.

No pasaréis de aquí.

ALBERTO.

Serviros quiero.

CONDE.

Alberto, adiós.

(Vanse el Conde y criados.)

## ESCENA IV

ALBERTO y su CRIADO.

ALBERTO.

¡Qué honrado caballero!

CRIADO.

Toda tu casa deja aficionada  
y tus criados de presentes llenos.

ALBERTO.

Así pagan los buenos la posada,  
con agradecimientos por lo menos.

CRIADO.

Mi señora estuviera bien casada  
con tal valor y términos tan buenos  
en Nápoles.

ALBERTO.

No quise que la viese,  
que fuera obligación que la sirviese,  
que para darme joyas competentes  
á su valor y al de Finea, mi hermana,  
se pudieran seguir inconvenientes:  
la nobleza sé yo napolitana.

CRIADO.

Si él quisiera que fuédeses parientes,  
¿qué mayor dicha?

ALBERTO.

Si el paso allana,  
yo vendré en ello.

CRIADO.

Escríbele.

ALBERTO.

Si el Conde  
me escribe, y á su intento corresponde:  
(que si palabras son de cumplimiento,  
porque en mi casa al Conde he regalado,  
no es justo que le obligue á casamiento,  
ni todo huésped á volver casado),

las cartas nos dirán su pensamiento;  
tan noble soy como él.

CRIADO.

Ser tu cuñado  
su noble honor y el amistad le obliga.

ALBERTO.

Si no ha de ser, no es justo que se diga.

(Vanse.)

## ESCENA V

El CONDE FEDERICO y CLARÍN, su criado.

CLARÍN. En lugar de lo que suele  
entretener los caminos  
reprehenderte quisiera,  
generoso señor mío.  
¿Tienes á Florela amor?  
¿sirves á Florela?

CONDE.

Sirvo,

CLARÍN.

y tengo amor á Florela.

CLARÍN.

¿Pues no es crúel desatino  
el decir á la partida,  
sin haber de Alberto visto  
la hermana, que te casaras  
con ella?

CONDE.

Pues ¿qué hay perdido?

CLARÍN.

Si el otro te respondiera  
tan necio y no tan amigo,  
¿cómo volvieras?

CONDE.

Casado.

CLARÍN.

¿Eso dices?

CONDE.

Eso he dicho.

CLARÍN.

¿Burlaste?

CONDE.

De ti me burlo,  
que aquella palabra ha sido  
sólo por honrar al huésped;  
que aunque él es tan bien nacido  
y debe de ser su hermana  
un ángel, el excesivo  
amor que á Florela tengo  
no me hubiera permitido  
casarme si el rey de Hungría  
me diera á su hija.

CLARÍN.

Es digno  
su honor de tan grande amor;  
que si sus méritos miro,  
aunque sin pasión, apenas  
tu amor se alcanza á sí mismo.  
Decir puede un hombre á otro  
á cuenta de los servicios  
que ha recibido en su casa:  
«Señor, mi hacienda, mis hijos,  
mis caballos, mis criados,  
mis pájaros y mis libros  
á vuestro servicio están;  
siempre tengo de serviros.»  
Pero, «yo me casaré,  
y con mujer que no he visto»,  
no lo ha dicho caballero;  
caballero no lo ha dicho,  
aunque fuera Lanzarote  
cuando de Bretaña vino.  
¡Ay, Florela! Si fué agravio  
del amor que te he debido

CONDE.

y del que debo tenerle,  
perdona mi desvarío.  
Cumplimiento y necio, fué;  
pero por disculpa ha sido  
el no haber visto á Finea;  
no me des mayor castigo,  
ni allá te rebele el alma  
por deslealtad, por olvido,  
obligar á un caballero  
que con generoso indicio  
de su valor me ha obligado.

CLARÍN.

Si tuviera aquel chillido  
de las mujeres celosas,  
te dijera: «Federico,  
no más, acabóse aquí.  
—Señora.—No más conmigo—  
—Oye por Dios.—No hay oír.—  
—Escucha.—Daré mil gritos.  
Esto deseaba ver,  
y haber visto ya confirmo  
tus traiciones. ¡Muerta soy:  
desleal, traidor, fingido!»  
Y va el otro majadero  
muy contento deste arbitrio  
á sacar ropas y sayas,  
y firma con un vestido  
las paces que en brazos de otro  
la de los celitos hizo  
mientras duraba el enojo.

CONDE.

CLARÍN.

No te riño;  
mas por Dios que he de mirar  
si el dueño deste cortijo  
tiene hermana.

CONDE.

CLARÍN.

Gente viene.

CONDE.

¡Gentil talle!

¡Hermoso brío!

## ESCENA VI

DICHOS y sale FINEA, de hombre muy galán, y FABIO.

FINEA. Pregunta si vamos bien.

FABIO. Ese es el Conde.

FINEA. Pues calla.

CLARÍN. Sobre buena cara entalla

mejor la gala también.

FINEA. (Al Conde.) Dios guarde á vuesañoría.

CONDE. El mismo venga con vos.

FINEA. ¿De dónde buen...?

FINEA. Los dos

somos, como veis, de Hungría.

CONDE. ¿Dónde?

FINEA. A Italia.

CONDE. ¿A qué ciudad?

FINEA. A Nápoles.

CONDE. Della soy.

Venid conmigo, aunque voy

de prisa.

FINEA. Vuestra amistad

y compañía me pone

codicia.

CONDE. Y á mi la vuestra.

FINEA. Luego en la vista se muestra

lo que el corazón dispone.

CONDE. Soy el conde Federico.

FINEA. Dadme, gran señor, los pies,

que mi calidad no es,  
si la verdad os publico,  
para igualar tal valor,  
que soy un pobre escudero  
con humos de caballero,  
que gradúa el buen humor.  
Hay cierta universidad  
para los pobres discretos,  
donde hace *quodlibetos*  
la mediana calidad.  
Aquí soy yo bachiller  
y pretendiente de un don.  
CONDE. La nobleza y discreción  
juntas se os echan de ver;  
que pues vos con humildad,  
donde no sois conocido,  
os habéis disminuido,  
¿qué más cierta calidad?  
Unos hombres fanfarrones  
que á dos leguas de sus casas  
quieren asir de las asas  
los más antiguos blasones,  
son monos de la nobleza;  
que con gestos y visajes  
remedan altos linajes.  
FINEA. Yo os he dicho mi bajeza.  
CONDE. Esa, aunque vos encubráis  
la nobleza que tenéis,  
mal persuadilla podéis;  
con el rostro la negáis.  
FINEA. Con alguna á Italia vengo,  
pero casos de fortuna  
me llevan á ver si alguna  
fuera de mi patria tengo.  
Esto sabréis caminando,  
pues tal espacio ha de haber.  
FABIO. Como yo sé que es mujer,  
estoy de oírla temblando.  
CONDE. Péname que con disgusto  
veáis á Italia.  
FINEA. No será  
sino con gusto, pues yo,  
señor, de serviros gusto.  
Y pues tengo de servir  
de paje en Nápoles, quiero  
servir tan gran caballero,  
si me queréis admitir.  
CONDE. Por cierto que si pensáis  
servir, ya determinado,  
que habéis un hombre hallado  
como vos lo imagináis.  
Mi amparo, brazos y casa  
tendréis desde hoy.  
FINEA. Gran señor  
tanta merced y favor  
del cortés límite pasa.  
En estos brazos me olvido  
de la patria; ya soy vuestro.  
CONDE. Y vos veréis que me muestro  
á ese amor agradecido.  
¿El nombre?  
FINEA. Celio es mi nombre.  
CONDE. ¿Quién es el que va con vos?  
FINEA. Criado mío, y los dos  
vuestros.  
CONDE. Pues vos gentilhombre,  
tendréis mi casa también.

FABIO. Mil veces los pies te beso.  
FINEA. ¡Qué venturoso sucesor!  
CONDE. ¿Clarín?  
CLARÍN. Señor.  
CONDE. Haz que den  
lo necesario á los dos,  
y traigan las postas luego. (Vase.)

## ESCENA VII

FINEA, FABIO y CLARÍN

FINEA. Que me deis, Clarín, os ruego,  
los brazos.  
CLARÍN. Celio, por Dios  
que habéis tenido ventura,  
pero vos la merecéis.  
FINEA. En mí un amigo tendréis.  
CLARÍN. El Conde, solo procura  
hacer bien á sus criados.  
FINEA. ¡Qué bien se le echa de ver!  
¿Tiene en Nápoles mujer?  
CLARÍN. Tiene las de otros casados,  
pero suya no la tiene,  
aunque ha poco que quería  
casarse el necio en Hungría;  
que allá de su corte viene,  
que el de Nápoles le dió  
particular embajada,  
y por pagar la posada  
por lo menos intentó  
casarse con cierta hermana  
de la capacha que había  
en casa.  
FINEA. ¿Vióla algún día?  
CLARÍN. Jamás en puerta ó ventana:  
que el hermano era celoso,  
y debió de conocer  
el humor de la mujer  
y el pensamiento brioso;  
que el Conde tiene buen talle,  
y doncellas y secretos,  
si no lo guardan discretos,  
presto salen á la calle.  
FINEA. En fin, ¿no es casado el Conde?  
CLARÍN. No, pero quiérello ser  
con una hermosa mujer  
que le adora y corresponde.  
¿Dónde?  
FINEA. En Nápoles está.  
CLARÍN. ¿Cómo se llama?  
FINEA. Florela,  
CLARÍN. y es la flor de la canela.  
FINEA. (Aparte.) ¡Muerta soy!  
CLARÍN. Pienso que ya  
seréis vos el alcahuete,  
que sois muy acomodado;  
que hasta ahora yo he llevado  
el recado y el billete,  
el vestido y la sangría.  
FINEA. (Aparte.) Sangrarme del alma puedo,  
que á ella se fué de miedo  
cuanta en los brazos tenía.  
CLARÍN. Ahora bien, vos tenéis dueño  
enamorado y señor.  
FINEA. (Ap. á Fab.) La esperanza de mi amor  
Fabio, se convierte en sueño.

CLARÍN. Venid, veréisle comer.  
FABIO. (Ap. á Fin.) ¿Qué piensas hacer?  
FINEA. Morir.  
¿Qué presto suele seguir  
gran pesar á gran placer!  
Mas bien puede haber mudanza:  
¡buen ánimo, corazón,  
que de aquí á la posesión  
tiene lugar la esperanza! (Vanse.)

## ESCENA VIII

FLORELA y RISELO, criado del conde Federico.

RISELO. Lee la carta y verás  
cuándo se parte, por ella.  
FLORELA. ¡Oh, qué mal sufre, Risele,  
grande amor, grandes ausencias!  
RISELO. Pues ¿qué culpa tiene el Conde  
si el Rey le condena á ellas  
con tan honrosa embajada?  
FLORELA. No le culpo, aunque pudiera,  
pues se pudiera excusar,  
que es de lo que tengo queja;  
culpado le ha mi fortuna.  
RISELO. Está segura que venga  
muy presto, que así lo dijo.  
¿Qué dudas? Rompe la nema,  
pregúntaselo á la carta,  
que ella te dará respuesta  
como oráculo de amor.  
FLORELA. Dilato, Risele, el verla,  
por entretener las dudas,  
por engañar las sospechas.  
¿Entró muy lucido el Conde  
en la corte?  
RISELO. Cuando fuera  
el mismo Rey, no sé yo  
si fuera con más grandeza.  
Salieron de la ciudad  
hasta la famosa puerta  
todos los grandes señores,  
toda la ilustre nobleza.  
Las galas fueron notables,  
pero juntas todas ellas  
no igualaron la del Conde  
sobre tanta gentileza.  
FLORELA. ¿Qué color?  
RISELO. Azul celeste:  
bordadas de oro y de perlas  
cifras de tu nombre, y flores  
que decían: *Fe y Florela*.  
Era el caballo español,  
que la gualdrapa de tela  
quería arrojar de sí  
para mostrar que lo era.  
Parecía al son del oro,  
como iba tocando en ella,  
instrumento á cuyo son  
iba estampando la arena.  
Llegó á palacio, y el Rey  
salió á la sala primera  
á recibirle, y los dos  
hablaron más de hora y media.  
Lo que tratan se murmura,  
que es casar Lisarda bella  
con el Príncipe de Hungría,

pacificando las guerras.  
Abre la carta por Dios.  
FLORELA. Vengaréme de su ausencia,  
Risele, en no abrir la carta,  
aunque ella de mí se venga.  
(Abre la carta y la lee.)  
«Lleno de pena te escribo,  
pero entre esta misma pena  
halla gloria la memoria  
de hablar contigo por ella.  
No sé cómo he de agerar  
lo que siento, porque sientas  
á lo que obligan temores,  
y á lo que sospechas llegan.  
Celos que allá no sabía,  
aquí, mi bien, me atormentan,  
que los sustituye amor  
á falta de la presencia.  
Perdona este injusto agravio;  
y ten por seguras nuevas,  
que tengo para partirme  
mil almas y una licencia.  
Presto te veré (mal dije),  
porque, por presto que sea,  
será tarde para amor  
que me enloquece tu ausencia.»  
RISELO. ¿Merezco albricias?  
FLORELA. Mereces  
los brazos y esta cadena.  
RISELO. Yo te aseguro que el Conde  
llegue más presto que piensas.  
FLORELA. Bien dices, porque el temor  
amando, piensa que llegan  
todas las cosas muy tarde:  
¡con tal ansia las desea!  
¡Ay, Federico! si quieres  
dar vida á un alma tan muerta,  
haz mis deseos jornadas,  
serán instantes las leguas.  
(Vanse los dos.)

## ESCENA IX

Salen el REY DE NÁPOLES, de barba; el MARQUÉS  
LUDOVICO y acompañamiento.

REY.  
Tendrá de esta manera  
quietud el reino y los confines paces.  
MARQUÉS.  
Como de ti se espera,  
cuanto crédito tienes satisfaces.  
REY.  
En lo que escribe el Conde  
se ve que el Rey con gusto corresponde.  
MARQUÉS.  
Federico es discreto,  
sabrá muy bien lo que ha de hacer en todo.  
REY.

Él lleva de secreto  
de lo que importa, Ludovico, el modo  
en este casamiento.

1 Así en el original; quizá deba decir «exagerar». En la edición de Ortega se dice: «No sé cómo he de pintar.»

MARQUÉS.

Digno ha sido de ti su pensamiento.

REY.

En tanto que sin guerra,  
sin sangre de vasallos que consume  
la más florida tierra,  
la paz que se pretende, se presume  
aciertan más los reyes  
y viven en quietud las santas leyes.  
Razón de conservarse  
con guerra un reino, nunca fué admitida:  
de quien debe obligarse  
más á la religión, puesto que olvida  
la paz, Marqués, en parte  
á los vasallos el valor de Marte.  
Fuera del Rey, no es justo  
tener tal vez ejército que obliga  
al que os diera disgusto  
que depuestas las armas no prosiga  
en declarar su intento.

MARQUÉS.

El Conde viene.

REY.

Y viene al pensamiento.

## ESCENA X

DICHOS, el CONDE FEDERICO, FINEA y criados.

CONDE.

Vuestra alteza me dé los pies.

REY.

Ya, Conde,  
los brazos, que tenéis tan merecidos,  
os da mi amor, que al vuestro corresponde.

CONDE.

Mis servicios de ti favorecidos  
tendrán de hoy más valor, tendrán ventura,  
pues siempre fué el mayor ser admitidos.  
Ya te escribí, que el Húngaro procura  
satisfacerte si hay algún agravio,  
de que ya lo tratado te asegura.  
En todo se mostró Príncipe sabio;  
honró mi entrada su real persona,  
sus dos sobrinos, y su hermano Octavio.  
El digno sucesor de su corona,  
y que ha de ser esposo de Lisarda,  
agradecido tu elección abona.  
El tiene la persona más gallarda  
que vi en mi vida y de quien toda Hungría  
la ejecución de su esperanza aguarda.  
Salió bizarro cuando el sol salía  
una mañana en un caballo airoso  
que á hacerle mal dijeron que venía;  
mas él lo hizo tan bien, que fué forzoso  
mudar este lenguaje en quién miraba  
brió tan alentado y animoso.  
Allí tan diestramente le llamaba,  
que al concertado son de la baqueta  
el caballo parece que danzaba  
como si fuera oyendo la trompeta.  
Intentaba quitarse las espumas

de la boca <sup>1</sup> fogosa é inquieta,  
mas porque desto lo demás presumas,  
cuando al curso le puso las espuelas,  
volando entrambos parecieron plumas.  
No suele por el mar con blancas velas  
y remos la galera presurosa;  
con banderolas de diversas telas  
herir las blancas olas más airosa,  
ni del arco veloz partir la flecha,  
pues aun era la vista perezosa.  
A este Príncipe puedes sin sospecha  
dar, señor, á la Infanta mi señora,  
que ya queda la paz firmada y hecha,  
y este es el pliego que responde ahora.

REY. Los brazos os vuelvo á dar,  
y el premio os daré tan presto  
como veréis.

CONDE. Yo he dispuesto  
tu deseo hasta llegar  
al fin de tu pretensión,  
y este es el premio que quiero,  
porque de servir no espero  
más seguro galardón.  
¡Dichoso quien ha servido  
Rey, á quien puede decir  
que es acertarle á servir  
premio de haberle servido!  
Ahora bien; voy á leer  
las cartas. (Vase.)

## ESCENA XI

DICHOS, menos el REY.

MARQ. Ya os puedo dar  
el parabién del lugar  
que presto habéis de tener.

CONDE. Lo que al Rey le respondí,  
respondo á vuestra amistad.

MARQ. Yo os amo con la lealtad  
que debo y me debo á mí. (Vase.)

## ESCENA XII

El CONDE FEDERICO, CLARÍN y FINEA.

CLARÍN. (Al Conde.) Lo más tienes hecho ya.

CONDE. Antes, Clarín, lo que es menos;  
que en los negocios agenos  
menos libre el alma está.  
Digo agenos que no son  
los que tanta fuerza tienen,  
si bien á ser propios vienen  
por tan justa obligación.  
No quise ver á Florela  
primero que al Rey, y así  
con la obligación cumplí;  
ahora, Clarín, veréla  
con espacio, que después  
de ausencia, será razón.

CLARÍN. Hoy, señor, tu pretensión  
alas te puso en los pies.  
Gran merced del Rey te espera,  
y fuera de parecer

<sup>1</sup> Verso incompleto. En la impresión de Ortega también está incompleto.

que hasta tenerla, y saber  
que no sea tal que prefiera  
lo que Florela merece,  
no trataras de casarte.

CONDE. A no poder disculparte  
que mi afición te enloquece,  
vive Dios, necio, que hiciera  
un disparate contigo.  
¿Eso dices?

CLARÍN. Esto digo.

CONDE. Pues aunque el Rey me prefiera  
á sí mismo ¿puedo yo  
igualar á un ángel?

CLARÍN. Mira  
tu calidad.

CONDE. Es mentira  
cuanta mi sangre me dió  
comparada á su belleza;  
mas cuando su gran valor  
considere sin amor,  
no la iguala á su nobleza.  
Vive Dios, si del romano  
imperio el cetro tuviera,  
ó como el sol en su esfera,  
fuera señor soberano  
de la tierra y de la mar,  
que me pusiera á sus pies  
aun pensando que después  
no la pudiera igualar.—  
Celio, ¿cómo callas tanto?  
Señor, como yo no entiendo  
que tratas, estoy oyendo  
y callado.

CONDE. No me espanto,  
que yo sé que si supieras  
qué prenda adoro...

FINEA. (Ap.) ¡Ay, de mí!

CONDE. Por lo que ya he visto en tí  
que otro consejo me dieras.  
¡Ay, Celio! quiero á una dama  
que, por verte tan discreto,  
te la he de mostrar á efeto  
de que culpes quien disfama  
un ángel de tal valor,  
con pensar que yo la igualo  
cuando á su sol me regalo  
deshecho á su tierno amor.  
Este es un necio que debo  
sufrir porque me ha criado:  
tú has de ser de mi cuidado,  
desde hoy secretario nuevo;  
tú, de todo el pensamiento  
sin encubrir parte alguna,  
el dueño, y de mi fortuna  
dichosa, próspero viento.  
Contigo quiero tratar  
los favores, los deseos,  
porque veas tú que empleos  
tan venturosos de amar.  
Bien haya quien con discretos  
trata sus bienes ó males,  
porque, en fin, de causas tales  
resultan tales efectos.  
Cuando veo un entendido  
tratar con un necio, y ser  
su amigo, vengo á tener  
aquel hombre por perdido;

porque, ó diciendo el secreto,  
ó aconsejándole mal,  
ha de ser de causa tal,  
si es necio, necio el efeto.  
El rey cuando tiene al lado  
el sabio ¡cuán bien acierta!  
que á quien el relox concierta,  
se debe andar concertado.  
El sabio gobernador  
con prudentes consejeros  
afila bien los aceros  
y puede cortar mejor.  
No hay sabio al lado del necio;  
un loco hace muchos locos;  
siempre los sabios son pocos.  
Por sabio, Celio, te precio;  
que cuanto en este camino  
contigo he tratado, fué  
satisfacción en que hallé  
tu entendimiento divino;  
y así, aunque paje, he gustado  
que me sirvas con espada,  
que está más acreditada  
honra que la trae al lado.  
Que aunque es verdad que la pluma  
es en lo que has de servir  
no la embota el escribir,  
y más cuando yo presuma  
de general de una empresa,  
aunque cese la de Hungría.  
Mas porque de amor la mía  
ya sobre tus hombros pesa,  
ven con este necio á ver  
á Florela, y tú dirás  
que no hay en Nápoles más,  
si Dios no lo vuelve á hacer. (Vase.)

## ESCENA XIII

FINEA y CLARÍN.

CLARÍN. ¿Qué te dice este Calixto  
de la hermosa Melibea?

FINEA. Que es hombre y que la desea. (Ap.)  
¿Qué aguardo con lo que he visto?  
¿Por qué no me vuelvo? ¡ay cielos!  
Pues no puedo conseguir  
lo que intento, y es morir  
muy bajo morir de celos.  
Y no ha sido atrevimiento  
que aqueste nombre le dé,  
que morir de celos fué  
bajeza del pensamiento.  
Pero ¿por qué celos llamo  
lo que no lo pudo ser?  
Este quiere una mujer  
sin saber que yo le amo  
ni tenerme obligación;  
¿qué agravio ni celos puedo  
tener ni pedir al miedo  
de mi justa perdición?  
Loca fui, loca he venido  
de mi tierra tras un hombre  
que apenas sabe mi nombre:  
¿mi nombre? ni aun si he nacido.  
¿Hay desdicha, hay necedad  
(si es la necedad desdicha)  
como la que tengo dicha?

- CLARÍN. Ya tu nueva voluntad  
estará haciendo quimeras  
de la que te muestra el Conde;  
no me espanto, que responde,  
Celio, á la merced que esperas.  
Bien entras en el servir  
con achaques de mediar,  
que esto de solicitar  
gran premio suele adquirir.  
Criado de señor mozo,  
que no es oficial del gusto,  
muerto de hambre y disgusto  
dale sepulcro en un pozo  
destos en que guardan nieve  
con esta letra baldía:  
«aquí murió quien vivía  
de sólo hacer lo que debe.»  
No sé que es que no lo entiendo  
este deleite de amor,  
que en pensar otro mayor  
á naturaleza ofendo.  
El que tiene más vasallos,  
más riquezas, más oficios,  
más soberbios edificios,  
más enjazzados caballos,  
no tiene justo contento  
mientras no ha comunicado  
con una hermosura al lado  
su intrínseco pensamiento.  
¡Oh, fuerte imaginación!  
¡Oh, loco deleite humano!  
FINEA. Yo, Clarín, pienso que en vano  
tus celos del Conde son.  
Soy hombre de bien, soy noble,  
no sirvo por interés,  
aunque de opinión estés  
que la privanza me doble.  
Contradices al amor  
de tu señor, no eres cuerdo,  
aunque las sospechas pierdo  
que tuve de tu valor.  
Criado que contradice  
al dueño, no ha de medrar;  
que consiste en aprobar  
lo bueno ó malo que dice,  
cuanto más en lo que hace.  
¿Esta dama es bella?  
CLARÍN. Sí.  
FINEA. ¿Es noble?  
CLARÍN. Como él.  
FINEA. Pues di,  
¿si es noble y le satisface,  
en qué yerrá?  
CLARÍN. En no saber  
á dónde el Rey le pondrá,  
que quizá le igualará  
con su sangre y su poder.  
FINEA. Necio estás, que ya los reyes  
no emparientan con vasallos:  
obedecellos y amallos  
son del servicio las leyes.  
Tratemos de nuestras cosas:  
yo estoy en Nápoles ya;  
¿no me entiendes?  
CLARÍN. Claro está.  
Dos muchachas tengo hermosas;  
á la una quiero bien;

- tengo temor á tu brío.  
FINEA. ¿Qué temes?  
CLARÍN. Un desvarío.  
FINEA. ¿Celitos?  
CLARÍN. Celio, también;  
que á las veces lleva el hombre...  
FINEA. No digas más.  
CLARÍN. Con cuidado  
muchas veces te he mirado.  
FINEA. Y en fin, ¿qué soy?  
CLARÍN. Gentilhombre.  
Y esta pícaro que adoro  
es una veleta al aire,  
que en mirando tu donaire  
me ha de perder el decoro.  
FINEA. Esa es pura necedad,  
que donde hay amor con trato  
no es posible que sea ingrato  
á la primer voluntad.  
CLARÍN. No conoces las mujeres,  
porque aun tu barba procura  
ser de la primer tonsura;  
y en lo del trato no esperes;  
que por lo mismo desea  
una mujer novedad.  
Yo fio de tu amistad  
que, como me dices, sea.  
Ven y verás dos infames  
que pueden prestar contento  
al diablo.  
FINEA. ¡Qué atrevimiento!  
No quiero que así las llames.  
CLARÍN. ¿Pues, qué quieres que te diga?  
¿que son reinas?  
FINEA. Que honres quiero  
las mujeres.  
CLARÍN. Presto espero<sup>1</sup>  
que tu opinión contradiga  
su bellaca condición.  
FINEA. El gusto no es calidad  
ni puede en la voluntad  
haber honra ni elección.  
¿No has visto al Príncipe amar  
tal vez á una vil mujer?  
CLARÍN. La calidad del placer  
es sólo saberle dar.  
FINEA. Dices soberanamente,  
y te lo quiero abonar.  
Cuando ves un rey cenar  
entre una escuadra de gente,  
y le sabe bien, Clarín,  
una perdíz, un capón,  
un torrezno de un jamón,  
nunca al principio ni al fin  
pregunta donde nació,  
come lo que bien le sabe.  
Y así amor en hombre grave  
se mira si sabe ó no:  
si sabe, no hay que saber  
si es bajo su nacimiento,  
porque nunca del contento  
información se ha de hacer.  
CLARÍN. Por Dios, que debes de ser  
diablo.

<sup>1</sup> Desde aquí hasta la conclusión de la escena, está  
sustituido el texto con puntos suspensivos en la edi-  
ción de Ortega (*Comedias escogidas*.)

- FINEA. (Ap.) ¡Ay, de mí, que he venido  
á amar un hombre perdido  
de amores de otra mujer! (Vanse.)

## ESCENA XIV

El conde Federico y Florela.

- FLORELA. Vóime templando, que quiero  
que el contento no me mate.  
CONDE. No presumo que lo es  
placer que pueda templarse.  
FLORELA. Quiero decir que le doy  
al alma, no en todo, en parte,  
que si todo se le diera  
pudiera el gusto anegarme.  
CONDE. Los brazos os vuelvo á dar.  
FLORELA. Bien merezco que me abracen  
brazos que me cuestan vidas.  
CONDE. Bien es que abiertos los hallen<sup>1</sup>  
galanes después de ausencia,  
porque sólo los galanes  
los pudieran merecer.  
CONDE. Bien hayan desdichas tales  
que hacen á un hombre dichoso.  
FLORELA. Temo de vos informarme  
en materia de memoria.  
CONDE. Excusa tenéis bastante  
si os gobernáis por la vuestra.  
FLORELA. Yo no he podido olvidarte.  
CONDE. Juzgad lo mismo de mí;  
que os prometo que las tardes<sup>2</sup>,  
imaginando las noches,  
bastaban para matarme:  
pues ¿qué os diré de los días?  
FLORELA. Mejor pudieran pasarse  
entre las húngaras damas,  
que vuestra persona y talle,  
y esto del Embajador  
obligan á muchos lances.  
¿Con quién tuvisteis lugar?  
¿qué os dijeron? No se calle  
ninguna cosa conmigo.  
CONDE. Hoy quieres desesperarme;  
esto si que fué querer  
templarme el gusto.  
FLORELA. Dejadme.  
CONDE. Pensar en que tuve celos.  
Tuvisteis celos de balde,  
que yo no sabía la lengua;  
y en llegando dama á hablarme,  
ella se entendía á sí  
en el húngaro lenguaje,  
y yo, ni á ella ni á mí,  
respondiendo disparates.  
FLORELA. ¿Dieron os algún favor?  
Por vida mía, mostradme  
banda, flor, papel ó cinta;  
que aunque en palacio excusase  
la novedad estas cosas,  
no pudieron excusarse  
en casa de vuestro huésped.

<sup>1</sup> Este verso y los dos siguientes fueron suprimidos  
en la impresión de Ortega.  
<sup>2</sup> También éste y los tres que siguen, faltan en la  
edición dicha.

- CONDE. Florela, un rayo me abraze  
si vi la hermana de Alberto.  
Y aquí llegan mis dos pajes,  
de quien podréis informaros.

## ESCENA XV

Dichos, Finea y Clarín.

- FLORELA. Clarín no ha de declararse:  
ya conozco yo su humor.  
CONDE. Tú, Celio, pasa adelante;  
dile á la hermosa Florela,  
que aun no quiere asegurarse,  
si vi la hermana del huésped,  
(aunque dicen que era un ángel)  
donde posé aquellos días.  
FINEA. Si puede crédito darse  
á un hombre de bien, que sirve,  
yo os juro que en una cárcel  
tuvo Alberto á su Finea.  
Perdonadme que le llame  
su nombre en presencia vuestra.  
FLORELA. ¡Buen paje!  
CONDE. Viniendo á Nápoles,  
le recibí en el camino.  
FLORELA. ¿Y de este puedo informarme?  
FINEA. Bien podéis, señora mía,  
que allá vi al Conde.  
FLORELA. Tú traes  
contigo la información.  
FINEA. No es justo que así me trates:  
¿tengo cara de mentir?  
FLORELA. Tienes á lo menos talle  
de solicitar placeres  
al Conde.  
FINEA. ¡Desdicha grande!  
Según eso, bien me puedo  
despedir.  
CONDE. Presumo que antes  
te quieren hacer mercedes.  
CLARÍN. Mi señora, no te espantes;  
que si es mala condición  
no querer asegurarse  
no será amor, que son celos.  
El Conde fué á cosas graves,  
no, como presumes tú,  
á tratar de enamorarse.  
Conmigo, que le asistí,  
habló siempre en adorarte  
y en sólo sentir tu ausencia.  
FLORELA. ¡Qué testigos!  
CONDE. ¿No? pues basten  
juramentos.  
FLORELA. ¿Cuáles?  
CONDE. Oye;  
¡Plegue al cielo que me falten  
tus ojos, si te ofendí,  
ni en palacio ni otra parte  
vi mujer que...  
FLORELA. No lo digas.  
¡Qué juramento notable!  
¿Mis ojos juras?  
CONDE. Pues, Celio,  
tú, que sus cielos miraste,  
ahora di si perdellos  
es juramento bastante.

FINEA. Mirarlos de espacio quiero.  
 FLORELA. ¿Los ojos quieres mirarme?  
 FINEA. Quiero saber su valor,  
 porque el Conde no se engañe.  
 ¡Jesús! ¡es gran juramento!  
 Son dos cielos, que por darles  
 este nombre, tienen almas  
 con sol que en sus niñas arde.  
 Creed al Conde, señora.  
 FLORELA. Ya quiere en el mar bañarse  
 el del cielo y del jardín  
 llaman los claros cristales  
 á gozar de su armonía.—  
 Venid, Conde, porque trace  
 con vos lo que ayer me dijo  
 hablándome en vos mi padre.  
 CONDE. Si es de nuestro casamiento,  
 no haya causa que dilate.—  
 Volveos á casa vosotros.  
 (Vanse el Conde y Florela.)

## ESCENA XVI

FINEA y CLARÍN.

FINEA. (Ap.) Y yo volveré á matarme.  
 CLARÍN. Ven, Celio, á ver nuestras daifas;  
 no nos ocupen galanes  
 la puerta.  
 FINEA. ¿Es gente de muchos?  
 CLARÍN. Diez ó doce personajes:  
 de ellos dan y de ellos no.  
 FINEA. (Ap.) Pensamientos me combaten  
 que me han de quitar la vida.—  
 ¿Ella es gente de donaire?  
 CLARÍN. Tú lo verás.  
 FINEA. Pues no temas,  
 aunque el mismo turco baje;  
 que con la que traigo al lado  
 seré...  
 CLARÍN. ¿Quién?  
 FINEA. Roldán de pajes.

## JORNADA SEGUNDA

## ESCENA PRIMERA

Salen el REY DE NÁPOLES, el MARQUÉS LUDOVICO  
y CRIADOS.

REY.  
 No he tenido en mi vida mayor pena.  
 MARQUÉS.  
 Parece cosa, gran señor, indigna  
 de Federico, y de su nombre agena.  
 REY.  
 ¿Amor á quién no engaña y desatina?  
 Viene esta carta de razones llena,  
 que la menor á su castigo inclina.  
 MARQUÉS.  
 Llama al Conde, veamos qué responde.

REY. (A un criado.)

Llamad al Conde luego.

CRIADO.

Aquí está el Conde.

## ESCENA II

DICHOS y el CONDE FEDERICO.

CONDE.

¿Qué manda vuestra alteza?

REY.

No quisiera  
 pensar de ti tan grande alevosía,  
 así esta carta y la razón me altera  
 con que de ti se queja el rey de Hungría.  
 Por estotra verás qué fin espera  
 una traición que el agraviado envía  
 su sentimiento en ella de tal suerte  
 que con la infamia te condena á muerte.  
 No te digo lo que es, pues ya me entiendes,  
 y has de leer las cartas á mis ojos.

CONDE.

¿Es este el premio con que honrar pretendes  
 mis servicios después de mil enojos?

REY.

Pues di: si embajador á un rey ofendes  
 y traes desta hazaña por despojos  
 á la hermana del huésped que te ha dado,  
 ¿mereces ser premiado ó castigado?

CONDE.

¿Qué hermana, ni qué huésped? Vuestra alteza  
 pienso que no conoce á Federico,  
 pues Nápoles bien sabe mi nobleza  
 y el divino valor del conde Enrico.

REY.

Lee las cartas, que mayor bajeza  
 no se cuenta de París.

(Toma las cartas el Conde.)

CONDE.

Yo suplico  
 á vuestra alteza que sin dos oídos  
 no juzgue.

REY.

Ya los tengo prevenidos.

(Lee el Conde la carta.) «Al conde Federico,  
 que con particular embajada me envió vuestra  
 alteza, aposentó, por mi orden, Alberto, mi  
 gentilhombre de cámara, cuyos regalos pagó  
 con llevalle, á la partida, á Finea, su hermana.  
 Vuestra alteza vea qué medio puede tener  
 tanta ingratitud y bajo término, que el más bre-  
 ve será casarlos, porque Alberto no tome la  
 debida satisfacción de su infamia á costa de su  
 vida.»

REY.

¿Riéstee de la carta?

CONDE.  
 ¿Cómo puedo  
 dejarme de reír?  
 REY.  
 ¿No te ha turbado  
 esta maldad?

CONDE.

Cuando seguro quedo,  
 no me turba, señor, el ser culpado.

REY.

Pues tú respondes ya perdido el miedo,  
 debe de ser en fe de estar casado.  
 Si estás casado, no te turbes, Conde;  
 escribe á tu cuñado, al Rey responde.

CONDE.

Esa seguridad no es la que tengo,  
 que nace, gran señor, de mi inocencia.  
 De Hungría sólo con mi gente vengo;  
 la desnuda verdad no quiere ciencia.  
 Nace, señor, la risa que prevengo  
 de la seguridad de mi inocencia:  
 que un ánimo inocente muestra en risa  
 que lo secreto á lo exterior avisa.  
 Por el Rey en la casa de ese Alberto  
 estuve con mi gente aposentado:  
 si vi á su hermana, todo el centro abierto  
 me deje entre sus llamas sepultado.  
 Si alguno con quien tuvo igual concierto,  
 luego que me partí se la ha robado,  
 no es justo que de mí, que soy tan noble,  
 presuma el Rey, ni Alberto un trato doble.  
 Yo regalé, señor, á sus criados  
 de joyas y presentes, y sabiendo  
 de su hermana el valor, con mil honrados  
 ofrecimientos le obligué partiendo.  
 Ni la vi, ni la oí, ni mis cuidados  
 fueron más que servirte, disponiendo  
 tus cosas con recato y con prudencia.

MARQUÉS.

Por Dios, que persuade su inocencia;  
 y que debe de ser que algún amante  
 que tendría Finea, en la partida  
 de Federico halló lugar bastante,  
 la casa en tanto huésped divertida.

REY.

No puede ser que cosa semejante  
 hiciese un hombre noble.

MARQUÉS.

Es conocida  
 maldad del mismo que robó á Finea.

REY.

Querrá que su defensa el Conde sea.

CONDE.

Señor, aquí me quede la cabeza  
 cuando se me probare que yo he sido  
 infame autor de tan cruel bajeza.

REY.

Estoy de tu inocencia persuadido.

CONDE.  
 Más honra mis servicios vuestra alteza  
 con esa confianza. Sus pies pido;  
 deme mil veces estos pies.

REY.

Escribe,  
 que quien nunca ofendió, seguro vive.  
 (Vase el Rey.)

## ESCENA III

El CONDE y el MARQUÉS LUDOVICO.

CONDE.

¿Qué os parece, Marqués?

MARQUÉS.

Que escribáis luego,  
 respondiendo á esa carta.

CONDE.

No he querido  
 leerla, por no ver que un hombre ciego  
 se descomponga airado y atrevido.

MARQUÉS.

¿Qué importa un desatino? Abridla os ruego;  
 que no será tan necio, aunque ofendido.

CONDE.

Por vos la leo, aunque temiendo el daño  
 que puede resultarme de este engaño.

(Lee el Conde la carta.) «En mi casa os aposen-  
 té, en mi voluntad os tuve; la confianza de  
 vuestro nombre me engañó, pues á mi casa  
 habéis sido traidor, á mi voluntad ingrato y á  
 mi confianza tan desleal como os lo dirá presto  
 mi agravio, pues cuanto tarde en llegar ten-  
 dréis de vida.»

—¿No os dije yo que, en fin, como ofendido,  
 era fuerza escribirme descompuesto?

MARQUÉS.

Si está engañado, corta ofensa ha sido;  
 que aunque libre, tomó término honesto.  
 Que luego despachéis un hombre os pido,  
 que por escrito satisfaga desto  
 á un noble caballero.

CONDE.

Si él lo piensa,  
 disculpo las palabras por la ausencia. (Vanse.)

## ESCENA IV

FLORELA y FINEA, en su traje de hombre.

FLORELA. Que está muy enamorado  
el Conde lo da á entender.FINEA. Y ¿quién puede merecer  
mejor que tú su cuidado?FLORELA. Ya vas, Celio, conformando  
las palabras con el nombre.FINEA. Pues á fe que no soy hombre  
para andar solicitando;  
y si el nombre de alcahuete;  
(aunque ya la cortesía,